

A lo largo de mi vida he ido desarrollando un marco conceptual que me ha ayudado a ganar dinero como administrador de *hedge funds*, y también a gastar dinero como filántropo centrado en las políticas. Pero el marco conceptual en sí no trata sobre el dinero: trata de la relación entre el pensamiento y la realidad, un tema que ha sido estudiado exhaustivamente por los filósofos desde la Antigüedad. Empecé desarrollando mi filosofía cuando era estudiante en la London School of Economics a finales de los años cincuenta. Me presenté a los exámenes finales con un año de antelación, de forma que tuve un año libre antes de cumplir los requisitos para licenciarme. Pude elegir a mi tutor, y elegí a Karl Popper, el filósofo vienés cuyo libro *La sociedad abierta y sus enemigos* me había causado una profunda impresión.

En sus libros, Popper argumentaba que la verdad empírica no puede conocerse con una certidumbre absoluta. Incluso las leyes científicas no pueden verificarse

más allá del mínimo asomo de duda: a menudo pueden ser falsadas por la experimentación. No superar una comprobación es suficiente para falsar, pero ninguna cantidad de pruebas positivas es suficiente para verificar. Las leyes científicas son de carácter hipotético, y su verdad permanece abierta a ser refutada. Las ideologías que alegan estar en posesión de la verdad absoluta realizan una afirmación falsa; por consiguiente pueden imponerse a la sociedad únicamente a la fuerza. Todas las ideologías de ese tipo conducen a la represión. Popper proponía una forma más atractiva de organización social: una sociedad abierta, donde la gente es libre de sostener opiniones divergentes, y donde el imperio de la ley permite que las personas con puntos de vista e intereses distintos vivan juntas y en paz. Tras vivir aquí en Hungría, tanto durante la ocupación alemana como durante la ocupación rusa, la idea de una sociedad abierta se me antojaba enormemente atractiva.

Mientras leía a Popper también estudiaba teoría económica, y me llamaba la atención la contradicción entre el énfasis de Popper en la comprensión imperfecta y la teoría de la competencia perfecta en economía, que postulaba un conocimiento perfecto. Ello me llevó a empezar a cuestionar los supuestos de la teoría económica. Éstas fueron las dos fuentes de inspiración teórica más importantes para mi filosofía. Había, por supuesto, muchas otras de menor entidad.

Mi filosofía también está profundamente arraigada en mi historia personal. La experiencia formativa de mi vida fue la ocupación alemana de Hungría en 1944, cuando aún no había cumplido catorce años. Yo procedía de un entorno de clase media razonablemente acomodada, y de repente tuve que enfrentarme con la perspecti-

va de que me deportaran y me asesinaran por el simple hecho de ser judío. Afortunadamente, mi padre estaba bien preparado para esta experiencia, alejada del equilibrio. Él había vivido la Revolución rusa, que había sido la experiencia formativa de *su* vida. Hasta entonces él había sido un joven ambicioso. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, se presentó voluntario para servir en el Ejército austrohúngaro. Fue hecho prisionero por los rusos y conducido a Siberia en calidad de prisionero de guerra. Al ser ambicioso, se convirtió en el director de un periódico producido por los prisioneros. Estaba escrito a mano, y se exhibía en un tablón, así que se titulaba *El Tablón*. Eso le dio tanta popularidad que fue elegido representante de los prisioneros.

Entonces algunos presos se evadieron de un campo cercano, y como represalia el representante de los prisioneros fue fusilado. Mi padre, en vez de esperar a que ocurriera lo mismo en su campo, organizó un grupo y encabezó una fuga. Su plan era construir una balsa y navegar hasta el mar, pero sus conocimientos de geografía eran deficientes; no sabía que todos los ríos de Siberia fluyen hacia el océano Ártico. Durante muchas semanas fueron a la deriva antes de darse cuenta de que se dirigían al Ártico, y les llevó muchos meses más encontrar el camino de vuelta a la civilización a través de la taiga. Mientras tanto había estallado la Revolución rusa, y los evadidos se vieron envueltos en ella. Mi padre consiguió regresar a Hungría únicamente después de una serie de aventuras de todo tipo; si se hubiera quedado en el campo, habría vuelto a casa mucho antes.

Cuando mi padre volvió a casa, era otro hombre. Sus experiencias durante la Revolución rusa le afectaron profundamente. Perdió su ambición y no le pedía otra

cosa a la vida que disfrutar de ella. A sus hijos les impartió unos valores muy distintos de los del entorno en que vivíamos. No tenía el mínimo deseo de amasar riqueza ni de convertirse en una persona socialmente prominente. Por el contrario, trabajaba sólo lo necesario para llegar a fin de mes. Recuerdo que un día me envió a ver a su principal cliente para pedirle dinero prestado antes de irnos de vacaciones a esquiar. Después, mi padre estuvo de mal humor varias semanas porque tenía que trabajar para devolver el dinero. Aunque nuestra situación era relativamente próspera, no éramos la típica familia burguesa, y estábamos orgullosos de ser diferentes.

En 1944, cuando los alemanes ocuparon Hungría, mi padre se dio cuenta inmediatamente de que aquellos no eran tiempos normales, y de que las reglas normales no eran válidas. Consiguió identidades falsas para su familia y para muchas otras personas. Los que podían, pagaban; a otros les ayudó desinteresadamente. La mayoría sobrevivió. Aquél fue su mejor momento. Vivir con una identidad falsa resultó ser una experiencia muy positiva para mí. Junto con mi familia, yo estaba en peligro de muerte. La gente perecía a nuestro alrededor, pero nosotros no sólo conseguimos sobrevivir, sino también ayudar a los demás. Teníamos a los ángeles de nuestra parte, y logramos triunfar en contra de todas las posibilidades. Eso me hizo sentir muy especial. Era una aventura total. Yo tenía en mi padre una guía fiable, y salí incólume de todo aquello. ¿Qué más podía pedir un chico de catorce años?

Tras la eufórica experiencia de escapar de los nazis, la vida en Hungría empezó a perder su atractivo durante la ocupación soviética. Yo buscaba nuevos retos, y con

la ayuda de mi padre conseguí salir de Hungría. Con diecisiete años empecé mis estudios en Londres. Mi principal interés entonces era adquirir una mejor comprensión del extraño mundo en que había nacido, pero también, debo confesarlo, albergaba fantasías de llegar a ser un filósofo importante. Creía que había adquirido una forma de ver las cosas que me diferenciaba de los demás.

Vivir en Londres fue una gran desilusión. No tenía dinero, estaba solo, y a la gente no le interesaba lo que yo tenía que decir. Pero no abandoné mis ambiciones filosóficas, incluso cuando las circunstancias me obligaron a ganarme la vida con expedientes más mundanos. Tras concluir mis estudios, tuve varios comienzos fallidos. Finalmente, me convertí en un corredor de arbitraje en Nueva York. Pero en mi tiempo libre seguía trabajando en mi filosofía.

Así fue como llegué a escribir mi primer ensayo importante, *The Burden of Consciousness* [La carga de la conciencia]. Era un intento de dar forma al marco de Popper sobre las sociedades abiertas y cerradas. Vinculaba la sociedad orgánica con un modo de pensar tradicional, la sociedad cerrada con un modo de pensar dogmático, y la sociedad abierta con un modo de pensar crítico. Lo que no conseguí resolver adecuadamente era la naturaleza de la relación entre el modo de pensar y el estado real de las cosas. Ese problema siguió preocupándome, y así fue como llegué a desarrollar el concepto de *reflexividad*: un concepto que examinaré con más detalle dentro de poco.

Se dio el caso de que el concepto de reflexividad me proporcionó una nueva forma de contemplar los mercados financieros, una forma mejor que la teoría

predominante. Ello me concedió una ventaja, primero como analista de productos financieros, y después como gestor de *hedge funds*. Me parecía que estaba en posesión de un descubrimiento crucial que me iba a permitir cumplir la fantasía de convertirme en un filósofo importante. En un determinado momento, cuando mi carrera en los negocios llegó a un punto muerto, cambié de marcha y dediqué todas mis energías a desarrollar mi filosofía. Pero tenía tanto aprecio por mi descubrimiento que no podía separarme de él. Me parecía que era necesario explorar en profundidad el concepto de reflexividad. A medida que me sumergía más y más en el tema, me fui perdiendo entre la complejidad de mis propias construcciones. Una mañana no fui capaz de comprender lo que había escrito la noche anterior. En ese momento decidí abandonar mis indagaciones filosóficas y concentrarme en ganar dinero. No volví a mi filosofía sino muchos años después, tras una larga etapa como gestor de *hedge funds*.

Publiqué mi primer libro, *The Alchemy of Finance* [La alquimia de las finanzas], en 1987. En aquel libro intentaba explicar los fundamentos filosóficos de mi enfoque de los mercados financieros. El libro fue objeto de cierta atención. Lo han leído muchas personas que trabajan en el sector de los *hedge funds*, y se enseña en las facultades de Ciencias Empresariales, pero sus argumentos filosóficos no causaron demasiada impresión. En gran medida fueron despachados como la presunción de un hombre que ha tenido éxito en los negocios y que por ello cree ser un filósofo.

Yo mismo llegué a dudar de si estaba en posesión de un nuevo e importante hallazgo. Al fin y al cabo, trataba un tema que ha sido examinado por los filósofos

desde tiempo inmemorial. ¿Qué razones tenía yo para pensar que había realizado un nuevo descubrimiento, sobre todo teniendo en cuenta que al parecer nadie pensaba lo mismo? Indudablemente, el marco conceptual me resultó útil personalmente, pero parece ser que los demás no lo consideraban tan valioso. Tuve que aceptar su opinión. No renuncié a mi interés por la filosofía, pero acabé considerándolo una inclinación personal. Seguí guiándome por mi marco conceptual en mis negocios y en mis actividades filantrópicas —que fueron asumiendo un papel cada vez más importante en mi vida— y cada vez que escribía un libro recitaba fielmente mis argumentos. Ello me ayudó a desarrollar mi marco conceptual, pero yo seguía considerándome un filósofo fracasado. Una vez incluso llegué a dar una conferencia titulada «Un filósofo fracasado vuelve a intentarlo».

Todo esto ha cambiado a consecuencia de la crisis financiera de 2008. Mi marco conceptual me permitió por un lado predecir la crisis, y por otro lidiar con ella cuando finalmente se desató. También me ha permitido examinar y predecir los acontecimientos mejor que la mayoría de la gente. Ello ha cambiado mi propia evaluación, y la de muchos otros. Mi filosofía ya no es una cuestión personal; merece ser tomada en serio como una eventual contribución a nuestra comprensión de la realidad. Eso es lo que me ha animado a dar este ciclo de conferencias. Así que ahí va. Hoy explicaré los conceptos de *falibilidad* y *reflexividad* en términos generales. Mañana los aplicaré a los mercados financieros, y sucesivamente a la política. Y eso traerá a colación el concepto de *sociedad abierta*. En la cuarta conferencia examinaré la diferencia entre los valores del mercado

y los valores morales, y en la quinta ofreceré algunas predicciones y prescripciones para el momento histórico actual.

Puedo exponer la idea central con dos proposiciones relativamente sencillas. Una es que en las situaciones que tienen participantes pensantes, la visión que tienen del mundo esos participantes es siempre parcial y distorsionada. Es el principio de la falibilidad. La otra es que esas visiones distorsionadas pueden influenciar la situación a la que se refieren, porque los puntos de vista falsos conducen a acciones inapropiadas. Es el principio de la reflexividad. Por ejemplo, tratar a los drogodependientes como delincuentes genera un comportamiento delictivo. Malinterpreta el problema e interfiere con el adecuado tratamiento de los adictos. Otro ejemplo es que afirmar que el Gobierno es algo malo tiende a fomentar el mal gobierno.

Tanto la falibilidad como la reflexividad son conceptos de puro sentido común. Así que, cuando mis críticos dicen que simplemente estoy diciendo lo obvio, están en lo cierto —pero sólo hasta cierto punto—. Lo que hace que mis proposiciones resulten interesantes es que su relevancia no ha sido generalmente apreciada. En particular, el concepto de reflexividad ha sido evitado deliberadamente, e incluso negado por la teoría económica. De modo que mi marco conceptual merece ser tomado en serio —no porque constituya un nuevo descubrimiento, sino porque algo tan de sentido común como la reflexividad ha sido ignorado de forma deliberada—. El reconocimiento de la reflexividad se ha sacrificado en aras de la vana persecución de la certidumbre en los asuntos humanos, sobre todo en